

Avanza a la meta

Pr. Yeury Ferreira

Texto: Filipenses 3:13–14

Idea central: Porque Dios nos llamó en Cristo, avanzamos hacia la meta con humildad, enfoque y perseverancia.

Área: Ocación especial (Año Nuevo)

Propósito: Animar a los oyentes a tomar la resolución de avanzar hacia el propósito de Dios para sus vidas.

Diseño: Expositivo

Lógica: Inductiva

INTRODUCCIÓN

Al iniciar un nuevo año, muchas personas hablan de resoluciones. Y como bien sabemos, una resolución es una decisión consciente, firme y deliberada de cambiar una conducta, adoptar un nuevo hábito o perseguir un propósito específico. Es el momento en que una persona dice: “Este año voy a hacer las cosas de manera diferente”.

Los estudios señalan que las resoluciones más comunes suelen girar en torno a mejorar la salud, mejorar las finanzas, crecer de manera personal, fortalecer relaciones y atender la vida espiritual o emocional. Sin embargo, hay una realidad preocupante: solo entre un 8% y un 12% de las personas logra cumplir sus resoluciones al final del año. La razón principal no es la falta de buenas intenciones, sino la ausencia de disciplina, enfoque y propósito claro.

La Biblia también nos presenta a una persona que tomó una resolución clara y trascendente. En Filipenses 3:13–14, el apóstol Pablo declara una resolución que gobierna su vida. Y es importante notar el contexto: Pablo escribe desde la prisión, pero en vez de quejarse, habla repetidamente del gozo en el Señor; por eso Filipenses se conoce como la carta del gozo. En el capítulo 3, Pablo advierte contra falsos maestros, renuncia a los méritos humanos, expresa su deseo de conocer a Cristo, y finalmente presenta su resolución:

“Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”

La resolución de Pablo es avanzar hacia la meta. Y es clave aclarar que esa meta no es la salvación, porque la salvación no es un premio que se gana, sino un regalo que se recibe por gracia. En el contexto, Pablo habla de madurez, perfección y crecimiento en Cristo, lo cual nos conduce a esta idea: la meta es llegar a ser plenamente lo que Dios decidió que fuéramos en Cristo, es decir, vivir el propósito para el cual fuimos llamados.

La pregunta entonces es inevitable: **¿cómo avanzamos hacia la meta?** Filipenses 3:13–14 nos muestra que lo hacemos de tres maneras.

DESARROLLO

I. AVANZAMOS A LA META CON HUMILDAD (FILIPENSES 3:13)

Pablo inicia con una confesión sorprendente: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado...”. El hombre que más escribió, que más trabajó, que más sufrió por el evangelio, todavía se ve como corredor en proceso. En otras palabras: no presume haber llegado; reconoce que aún está avanzando. La soberbia espiritual detiene, porque cuando alguien cree que ya llegó, deja de crecer. La humildad, en cambio, no presume santidad: persigue santidad.

Luego Pablo añade la frase: “olvidando ciertamente lo que queda atrás”. En una carrera, mirar hacia atrás rompe el ritmo, reduce la velocidad y desestabiliza el cuerpo. El corredor aprende una regla: ojos al frente, corazón en la meta, pies en movimiento. Un ejemplo reciente lo ilustra: en 2024 el corredor británico Odey-Jordan, confiado en su ventaja, se relajó, miró hacia atrás y fue superado en la recta final, terminando cuarto en una carrera que parecía ganada.

Ahora bien, en la Biblia “olvidar” no es borrar la memoria, sino romper el dominio. No es amnesia espiritual; es negarse a vivir controlado por el pasado. Es decir: “Eso ocurrió, pero no me define; eso pasó, pero no me dirige”. Y Pablo apunta a dos tiranos que paralizan la carrera: la culpa y el orgullo.

Por eso, para avanzar hacia la meta, es necesario olvidar **los fracasos del pasado**, la culpa que paraliza. Pablo tenía un pasado pesado: fue perseguidor de la iglesia. Pero no permitió que su historia lo encerrara. Él reconoció: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15), y también afirmó: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Corintios 15:10). La humildad no es vivir castigándose; es arrepentirse, recibir gracia y seguir avanzando. Si Cristo ya pagó, no hay derecho a seguir cobrando la deuda en la conciencia.

Y para avanzar también es necesario olvidar **los éxitos del pasado**, el orgullo que adormece. Si alguien tenía credenciales, reputación y logros religiosos era Pablo, pero no vivió de sus medallas. Los trofeos del ayer deben ser combustible para hoy, no una silla donde el alma se sienta. De ahí viene la expresión “dormirse en los laureles”: cuando uno se apoya en logros pasados, deja de prepararse para la carrera que sigue.

Avanzar con humildad es vivir suelto del pasado: ni atado por culpa ni inflado por orgullo. Si miramos atrás con cualquiera de los dos, puede ocurrir lo mismo que a la esposa de Lot. Por eso, avanzar con humildad es decir: “Señor, mi pasado está en tus manos, mi presente está en tus manos y mi futuro también. Yo avanzo”.

II. AVANZAMOS A LA META CON ENFOQUE (FILIPENSES 3:13)

En segundo lugar, para alcanzar la meta debemos avanzar con enfoque. Pablo dice: “y extiéndome a lo que está delante”. La palabra que Pablo usa sugiere el “estirarse con intensidad” del corredor que inclina el cuerpo y extiende cada fibra hacia la línea final. Es un término que comunica esfuerzo total, concentración absoluta y dirección clara.

En una carrera, el corredor no mira hacia los lados ni se distrae con el público. Su cuerpo se inclina hacia adelante y todo su esfuerzo apunta a una sola dirección. No gana el que corre mirando al público; gana el que corre mirando la meta. Un ejemplo fuerte ocurrió en 2018: el corredor universitario Tanguy Pepiot, en Oregon, iba primero y, convencido de su victoria, levantó los brazos y miró al público celebrando antes de tiempo. Justo antes de cruzar la meta, Meron Simon lo alcanzó y lo superó. No perdió por falta de capacidad, sino por falta de enfoque. Hebreos 12:1 afirma esta necesidad con claridad: “Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante”. Allí aparecen dos obstáculos: el pecado y el peso. El pecado es evidente, pero el peso no siempre es malo; simplemente estorba. El corredor sabio no corre con cargas innecesarias, aunque no sean pecaminosas.

Por eso Pablo resume su vida con una frase: “una cosa hago”. No es una vida espiritual fragmentada, sino una vida dirigida. Y en esa carrera, dos cosas tienden a desenfocar al creyente: **las críticas y los elogios**.

Las críticas pueden desanimar y hacer dudar. Pablo fue criticado duramente incluso dentro de la iglesia. En Galacia hubo quienes cuestionaron su autoridad y sus motivos, pero Pablo no corrió para agradar a la gente; corrió para obedecer su llamado. Se atribuye a Aristóteles la frase: “Si no quieres que te critiquen, no digas nada, no hagas nada y no seas nada”.

Los elogios también pueden desenfocar. Cuando el aplauso alimenta el ego, el corredor baja el ritmo sin darse cuenta. Se cuenta que alguien elogió excesivamente a Charles Spurgeon después de un sermón, y él respondió: “Deténgase, hermano; el diablo me susurró las mismas palabras cuando bajaba del púlpito”. El elogio sin discernimiento puede convertirse en un peso tan grande como la crítica.

Avanzar con enfoque implica decidir qué pesos se dejan y qué voces se silencian. Es despojarse, inclinarse hacia adelante y mantener la mirada fija en la meta.

III. AVANZAMOS A LA META CON PERSEVERANCIA (FILIPENSES 3:14)

En último lugar, para alcanzar la meta debemos avanzar con perseverancia. Pablo declara: “prosigo a la meta”. En una carrera, no gana el que empieza más rápido, sino el que llega al final. Muchos arrancan con entusiasmo, pero solo los perseverantes cruzan la meta. La carrera exige constancia, no impulsos momentáneos.

La palabra que Pablo utiliza para “prosigo” es **diōkō**, que transmite la idea de perseguir con intensidad, avanzar con determinación y no detenerse a mitad del camino. Por eso la Escritura insiste tanto en la perseverancia: Hebreos 12:1 llama a correr con perseverancia; Gálatas 6:9 exhorta a no cansarse de hacer el bien; Hebreos 10:36 dice que la perseverancia es necesaria para obtener la promesa; Santiago 1:12 declara bienaventurado al que persevera bajo la prueba; y Mateo 24:13 afirma que el que persevera hasta el fin será salvo.

Spurgeon lo resumió con una frase memorable: “Por la perseverancia, el caracol llegó al arca”. Y Pablo mismo encarna esa verdad: escribe desde la cárcel, limitado físicamente, bajo presión, enfrentando incertidumbre, y aun así no dice “me detengo”, sino “prosigo”.

La perseverancia no significa nunca caer, sino levantarse cada vez que se cae. Es continuar aun con cansancio, oposición o desánimo. Puede haber heridas, pero no abandono; puede haber lentitud, pero no retiro. Mientras el creyente siga corriendo, la meta sigue delante. Un ejemplo poderoso ocurrió en los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992. Derek Redmond era favorito en los 400 metros. A mitad de la carrera, su isquiotibial se rompió y cayó a la pista. Los oficiales se acercaron para retirarlo, pero él se levantó y decidió continuar, cojeando, con dolor evidente. Entonces su padre saltó desde las gradas, lo abrazó y le dijo: “No tienes que hacerlo”. Derek respondió: “Tengo que terminarla”. Y apoyado en su padre, cruzó la meta. El estadio se puso de pie. No por una medalla, sino por perseverancia.

—Derek no ganó la carrera, pero no la abandonó.

—No terminó fuerte; terminó fiel.

—No llegó primero; pero llegó.

CONCLUSIÓN

Al comenzar este nuevo año, tal vez haya muchas resoluciones en el corazón, pero hoy la invitación es a tomar la resolución de Pablo: cumplir el propósito para el cual Dios nos colocó en esta tierra. Y porque Cristo nos llamó, avancemos hacia la meta con humildad, enfoque y perseverancia.

No permitamos que los fracasos del pasado nos llenen de culpa, ni que las victorias del pasado nos llenen de vanidad. No permitamos que las críticas del presente nos desanimen, ni que los elogios del presente nos hagan perder el rumbo. Y no permitamos que el cansancio, el agotamiento o el desánimo nos detengan. La orden del texto es clara: prosigue, avanza. Humanamente hablando, no terminamos esta carrera en nuestras fuerzas. Pero gloria a Dios: la meta es “en Cristo Jesús”. No corremos hacia la victoria; corremos desde la victoria. Cristo, como dijo Pablo en Filipenses 4:13, es quien fortalece. Solo por su perdón la culpa del pasado no aplasta. Solo por su gracia los logros del pasado no hunden en orgullo. Solo por su amor las críticas del presente no consumen. Solo por su presencia los elogios del presente no destruyen. Y solo por su fuerza el cansancio y el desánimo no paralizan.

Por eso, avancemos hacia la meta: porque en Cristo ya hemos sido llamados, y en Cristo alcanzamos el propósito para el cual Dios nos colocó en esta tierra.